

Nuestro emblema

Es tan hondo el pensamiento que ha incubado la grandeza del sentir que nos inspira, que en aliento poderoso, nuestra lira, su vibrátil armonía ha desgranado.

Nuestras almas solidarias han buscado en el triunfante batallar, la ley que aspira a ejercer sobre el destino la alta mira que enoblece el ideal de que ha brotado.

Nuestro emblema, de la heráldica portento, muestra un tríptico en cuartel tornasolado donde campan tres figuras sin color:

El «respeto», creador del sentimiento;
el «carino» sonriendo al desgraciado,
sostenidos por la fuerza del «honor»

VICTORIANO E. AYLLÓN

CRISPÍN CRÓNICA

Hoy va a hablaros Crispín, el de las farsas Benaventinas, que, aprovechando el descanso del maestro y el sueño de mi señor Leandro, me aventuré por este mundo, eterno tinglado de la farsa, buscando en él paz y sosiego.

Como viejo comediante que soy, me son conocidas todas sus entradas y salidas, y en él me entré de rondón sin que nadie se opusiera a ello, y es que, el que marcha sin dudar por donde quiera que sea, le deja paso franco sin pensar que pudiera ser un intruso. Y en él entré y en él me encuentro, que aunque distinto a mis pasados tiempos pudieran ser los mismos: que el viejo ha sido niño, y si tuvimos ilusión por ser viejos, hoy que lo somos renegamos de nuestra vejez; no por lo mala que haya sido con nosotros, sino por lo malos que fuimos nosotros para con nosotros mismos.

Yo que corrí de un lado para otro, ora sembrando rencor, ora alegría y siempre recuerdos... hoy dudo al caminar y tiemblo...

Tiemblo yo que nunca temble, pues condición es la mía y de todo aquél que vive de presado y come con dinero de algún mercader adinerado, el no temblar jamás ante el peligro, que aunque te persiguen con doble ensañamiento por ser ladrón de ladrones, pudieras

hacer una cadena con unos y con otros hasta tener a todos maniatados.

Y voy si lo aceptais a daros un consejo: No detengas tu marcha en lances de amor, pues perderás el rato, claro está que farsa sin amor no se conoce, y de pasar el rato enamorando a cualquier doncella o pasarse la noche casi en claro, prefiere enamorar, que así se aprende a conocer el corazón humano; que el hombre y la mujer son dos muñecos de cartón y trapo, movidos por hilos apenas perceptibles: ese es el mundo; el hombre es un guiñapo. Y si los encargados de guiaros os ponen un tropezco, saltadlo y rompéd los cordeles que os atan y os privan de acción en pies y manos, y guiados quizás por la conciencia, con la vista puesta siempre en alto, proseguid el camino que emprendisteis; el eterno camino de los años...

Como antes dije, vine por buscar paz y sosiego y no pude encontrarlo, mas no quiero molestaros con mi charla y me vuelvo a mi punto de partida, no sea que mi señor Leandro despierte de su sueño, y al no encontrarme allí, fuera a temblar de miedo, pues aunque ya es hombre, su alma es la de un niño.

No creas lector que aunque de aquí me alejo, me marche de este eterno tinglado de la farsa; sino que en él seguiré, claro está que con distinto traje, pero en el fondo igual: truhan, engañador y un si es no es enamorado.

¡Perdón, lector amigo!

MARIANO BOLAÑOS

Madrid, 12 20.

Tu ardiente mirar...

Un amor alocado me ofrendaste
con tu mirar ingrato y egoísta:

¡Cuan enormes destrozos le causaste
a mi pecho, tan solo con la vista!

Dos ascuas encendidas son tus ojos,
de ingratitud y de perfidia ungidos,
y tus labios finísimos y rojos
cuando son de placeres fementidos.

Mírame con tu hipócrita dulzura,
con el candor de tu pasión fingida;
a mi pecho transido de amargura
con tu ardiente mirar le imprimes vida.

LORENZO DOMINGEZ